La cal del viernes

Por Shyvirelle

El primer viernes, Hugo creyó que alguien había entrado en la cancha para burlarse de él. Había barrido la pista el jueves por la tarde, retirado dos botellas del desagüe y cerrado la verja con una cadena. A la mañana siguiente encontró una línea blanca donde no correspondía ninguna: nacía junto al banquillo de hierro, cruzaba el cemento de lado a lado y terminaba al pie del muro de los vestuarios.

Se agachó y la tocó. La cal estaba seca, aunque había llovido de madrugada. Medía aproximadamente lo mismo que la suela de una zapatilla infantil.

La cancha de Santa Aurelia llevaba once años sin partidos. El ayuntamiento le pagaba a Hugo por mantenerla despejada hasta que decidieran qué hacer con el terreno. Las gradas, apenas cuatro filas de hormigón, habían quedado como un anfiteatro para gatos. Desde arriba se veía toda la pista, o eso había creído siempre.

El viernes siguiente la raya reapareció un metro más cerca del círculo central. Hugo encontró una huella ancha en el polvo, como si la hubieran trazado con un zapato de seguridad. No recordaba haber visto a nadie entrar.

Llamó a Celia, la conserje del centro vecinal, que llegó con un termo de café y se sentó en la tercera fila.

—Ahí te la han pintado otra vez —dijo ella.

—No hay pintura. Es cal.

Hugo caminó hasta la raya y se quedó de un lado. Celia siguió hablando. Al otro lado, ella interrumpió la frase.

—¿Hugo?

Él levantó una mano. La mujer miró a izquierda y derecha, sin mover los pies de la grada.

—Estoy aquí.

—¿Dónde?

Regresó sobre sus pasos. Celia lo vio aparecer de pronto y dejó el termo en el asiento. No había paredes, redes ni árboles entre los dos.

Repitieron la prueba sin apartarse de sus lugares: de la raya hacia las gradas, Celia lo veía; de la raya hacia el centro, escuchaba sus pasos y su voz, pero no podía distinguir su cuerpo. Desde el nivel de la pista, cuando Celia bajaba a su lado, lo veía en ambos lugares. La desaparición pertenecía a la mirada desde las gradas, no al cemento que pisaba Hugo.

—Una ilusión —murmuró ella.

Hugo quiso creerlo. Se sentó donde había estado Celia, lanzó una pelota roja por encima de la raya y la vio rodar hasta el círculo central sin desvanecerse. Después arrojó su abrigo de trabajo: cayó abierto, con las mangas torcidas, perfectamente visible. En cambio, cuando Celia se puso el abrigo y cruzó la raya, desaparecieron ella y la prenda. Al quitarse el abrigo y lanzarlo al suelo, el tejido volvió a verse mientras su voz seguía viniendo de un lugar vacío.

Quedaron un rato inmóviles. Hugo pensaba en la pelota y el abrigo, en esa regla tan precisa como inútil: las cosas solas podían verse; una persona y lo que llevaba puesto dejaban de existir para quien mirara desde los asientos.

—No vengas el próximo viernes —pidió Celia.

Hugo prometió que avisaría al ayuntamiento. No habló de invisibilidad. Escribió: «Fenómeno de visibilidad anómalo en las gradas. Solicito cierre preventivo». Le respondieron que un técnico pasaría cuando hubiera disponibilidad. La cadena de la verja siguió siendo la misma.

La tercera semana la línea ya no fue recta. Rodeaba el círculo central en una curva irregular, como un cordón que alguien estuviera apretando desde las gradas. Tenía el ancho de una suela de bota muy grande. Hugo aún distinguía los restos de las marcas anteriores: nunca se borraban del todo; la más reciente cortaba el terreno más adentro.

Intentó eliminarla con agua y cepillo. La cal se disolvió. Cuando el cemento se secó, volvió a dibujarse en la misma posición. Entonces pasó por encima un rodillo de mantenimiento para quitar la película blanquecina. Al terminar, oyó un ruido menudo, igual al de un cordel tensado. La curva había avanzado otro palmo hacia el centro.

No volvió a usar el rodillo. Comprendió que cada pasada empujaba el límite hacia dentro. La línea del viernes no necesitaba que él la pintara; bastaba con que alguien intentara dejar la cancha limpia para que la cerrara un poco más.

Esa tarde llamó a Celia. Ella observó desde la primera fila mientras Hugo colocaba botellas vacías a distintas distancias. Podía verlas todas. Cuando él las recogió, sus manos dejaron de ser visibles al cruzar la curva y las botellas parecieron levantarse solas. Celia bajó los escalones y las manos reaparecieron ante sus ojos. Desde abajo el fenómeno seguía sin funcionar.

—Nos está quitando el lugar desde donde miramos —dijo ella.

Hugo puso carteles en la verja, sin explicar más de lo que podía probar: «Cancha cerrada. No acceder». Llevó a casa el rodillo y lo guardó en la caseta de su patio, lejos del suelo de Santa Aurelia. Durante seis días no ocurrió nada.

El cuarto viernes la curva amaneció tan estrecha que dejaba un pequeño disco gris alrededor del centro. Hugo fue temprano, antes de que llegara Celia. Desde la primera grada, el pequeño círculo de cemento aún se veía vacío. Hugo notó algo peor que la cal: al mirar hacia allí, le costaba recordar si había dejado una herramienta o a una persona en medio de la cancha. No había dejado a nadie. Lo repitió en voz alta para estar seguro.

En el borde del disco encontró una última huella de cal, del tamaño de la suela de su propio zapato. El límite casi tocaba el agujero de fijación que había quedado en el suelo. Si la curva cerraba por completo, cualquier persona que entrase en la cancha podría perderse de vista sin una línea que advirtiese dónde empezaba el peligro.

Necesitaba una señal que no dependiera de ojos humanos. Trajo de la caseta un poste amarillo de obra, con base pesada, y una cuerda para anclarlo. Lo dejó primero fuera de la curva. Se subió a las gradas: veía el poste, la cuerda y la pequeña isla de cemento. Desde allí comprendió que el agujero estaba del otro lado; nadie podía plantar la señal sin cruzar.

Celia llegó cuando él ya había vuelto a bajar.

—¿Qué vas a hacer?

—Dejar algo que se vea aunque yo no se vea.

—Podemos esperar al técnico.

El técnico había confirmado la visita para el lunes. Faltaban tres días. En la curva, unos granos blancos temblaron sin viento. Hugo no quiso averiguar qué ocurriría si alguien barría, pisaba o pasaba una herramienta sobre el último tramo.

Ató la cuerda a la base, cargó el poste sobre el hombro y atravesó la línea. Desde las gradas, Celia dejó de verlo. Su sombra no quedó en el suelo; solo se movió la cuerda, que aún tenía un extremo del lado visible. Hugo alcanzó el agujero, clavó allí la base y levantó el poste. Celia vio el amarillo erguirse donde no podía ver sus manos.

—Ya está —dijo Hugo.

La cuerda se tensó por un instante. Una franja de cal avanzó hasta tocar la base del poste, y luego se quebró. El círculo no desapareció, pero dejó de encogerse. Hugo volvió caminando hacia el borde. Celia vio sus huellas de polvo llegar hasta la raya. No vio aparecer a Hugo.

—Estoy aquí —repitió él, más cerca.

Celia descendió las gradas. Tampoco allí logró verlo. Solo notó una marca húmeda en el poste cuando Hugo apartó la mano.

Esa noche, Hugo regresó a su casa sin encender las luces. Su hijo Leo lo llamó a voces desde el dormitorio. Había recibido el mensaje de «llego tarde» y le extrañaba no haber oído abrirse la puerta. Hugo le pidió que lo llamara al móvil. Leo obedeció; el teléfono sonó al otro lado del pasillo y la voz de su padre llegó a su oreja con un pequeño eco.

—¿Dónde estás, papá?

—Frente a ti.

Leo miró hacia la puerta. No había nadie. Bajó la mirada, asustado, hacia el rectángulo iluminado de su teléfono. Por el rabillo del ojo vio entonces a Hugo apoyado en el marco, con la camisa gris y el pelo mojado.

Giró la cabeza para abrazarlo. La figura desapareció.

—No mires directamente —pidió Hugo desde el auricular.

Leo dejó el teléfono a la altura de su pecho y miró la pared del pasillo. A un lado de su visión su padre seguía allí, quieto, nítido, como cualquiera que esperara permiso para entrar. Su voz sonaba al mismo tiempo en el teléfono y en la habitación.

—¿Te quedas? —preguntó el niño.

Hugo extendió la mano. Leo la encontró sin mirarla. Permanecieron así, al borde de dos maneras distintas de ver, mientras el teléfono siguió comunicando una habitación con la otra.